

Nombre y apellidos:

Curso:

Grupo:

Fecha:

1. Los periódicos, ya sean impresos o digitales, o las cadenas radiofónicas incluyen numerosos textos de opinión, sobre muy diversos temas: economía, política, cultura, sociedad, ciencia y tecnología, etc. Imagina que esta mañana te has levantado y has encendido la radio u hojeado un periódico. Presenta, por temas la opinión que te gustaría leer o escuchar:

Economía:

Cultura:

Ciencia y tecnología:

Política:

Deportes:

(B2 1; B3 11)

2. Localiza en la prensa digital textos de opinión, esta vez reales, correspondientes a las secciones antes mencionadas. Puedes consultar editoriales, artículos, columnas o blogs:

Economía:

Cultura:

Ciencia y tecnología:

Política:

Deportes:

(B2 1; B3 11)

3. Justifica por qué el siguiente texto es teatral. Resume el argumento de la obra.

Romeo y Julieta, de William Shakespeare

PERSONAJES:

PRÍNCIPE SCALA: máxima autoridad de la ciudad de Verona. MONTESCO: cabeza de familia de una rica familia veronesa. SEÑORA MONTESCO: la esposa. ROMEO: hijo de Montesco. CAPULETO: cabeza de familia de una rica familia veronesa enemistada con la anterior. SEÑORA CAPULETO: la esposa. JULIETA: hija de Capuleto. TEBALDO: sobrino de la señora Capuleto y primo de Julieta. BENVOLIO: sobrino de Montesco y primo de Romeo. MERCUCIO: joven caballero, pariente del Príncipe y amigo de Romeo. PARIS: joven conde, pariente del Príncipe y pretendiente de Julieta. AMA: nodriza que crió a Julieta y pertenece a la casa de los Capuleto. BALTASAR: criado de Romeo. ABRAHAM: criado de la casa Montesco. PEDRO: criado de la casa Capuleto y criado personal del ama. SANSÓN: criado de la casa Capuleto. GREGORIO: criado de la casa Capuleto. FRAY LORENZO: monje de la orden franciscana. FRAY JUAN: monje de la orden franciscana. Un boticario de Mantua. Músicos. Criados varios. Guardias de la ciudad. Ciudadanos.

ESCENA I

En la ciudad de Verona (Italia), en el siglo XIV o XV, dos familias mantienen viejas rencillas desde hace años. Partidarios de los dos bandos se encuentran en la calle y se enfrentan en una pelea. El PRÍNCIPE, máxima autoridad de la ciudad, se presenta y los separa. Mientras, ROMEO, el joven Montesco, que no interviene en la pelea, busca la soledad para llorar sus penas de amor. Entran SANSÓN y GREGORIO, de la casa de los Capuleto, con espadas y escudos.

SANSÓN.— Te aseguro, Gregorio, que no lo soporto más.

GREGORIO.— Y que lo digas, no se van a quedar con nosotros.

SANSÓN.— Lo que quiero decir es que por las malas lo van a tener peor.

GREGORIO.— La riña es entre nuestros amos y entre nosotros, sus hombres.

SANSÓN.— Como me encuentre a un perro Montesco, salto. No es de valientes arrimarse a la pared.

GREGORIO.— Pues saca la herramienta que aquí vienen dos de los Montesco.

(Entran ABRAHAM y otro sirviente.)

SANSÓN.— (Aparte, a GREGORIO.) Mi arma está sacada y preparada. Pero, pongamos la ley de nuestra parte; deja que empiecen ellos.

GREGORIO.— Les haré una mueca cuando pasen y que se lo tomen como quieran.

SANSÓN.— Me chuparé el dedo cuando me vean, que es un gesto de mucho desprecio, a ver si lo aguantan.

ABRAHAM.— ¿Ese gesto nos lo habéis hecho a nosotros, señor?

SANSÓN.— No ha sido a vosotros; pero, sí, lo he hecho.

GREGORIO.— ¿Es que queréis pelea?

ABRAHAM.— ¡Pelea! ¡No, señor!

SANSÓN.— Porque si la queréis, señor, soy todo vuestro.

ABRAHAM.— Mejor no.

Entra BENVOLIO.

GREGORIO.— (Aparte, a SANSÓN.) Mejor di que sí, que aquí llega un pariente del amo.

SANSÓN.— Sí, mejor sí. Sacad la espada, si es que sois hombres. Gregorio, recuerda tu golpe maestro.

Luchan.

BENVOLIO.— ¡Alto, locos! Guardad vuestras espadas y estad en paz. No sabéis lo que hacéis.

Entra TEBALDO.

TEBALDO.— ¿Qué es esto? ¿Lucháis contra estos cervatillos? Vuélvete, Benvolio, y enfrente a tu muerte.

BENVOLIO.— Solo quiero poner paz. Guarda tu espada y ayúdame a separar a estos hombres.

TEBALDO.— ¿Cómo pretendes poner paz con la espada en la mano? Odio esa palabra tanto como al infierno, a los Montesco y a ti. ¡En guardia, cobarde! *Luchan.* *Entran tres o cuatro Ciudadanos con palos y lanzas.*

CIUDADANOS.— ¡Dadles! ¡Derribadlos! ¡Abajo los Capuleto! ¡Abajo los Montesco!

Entran el anciano CAPULETO y su ESPOSA.

CAPULETO.— ¿Qué ruido es este? ¡Dadme mi espada!

SRA. CAPULETO.— Di mejor un bastón. ¿Por qué pides una espada?

Entran el anciano Montesco y su Esposa.

CAPULETO.— ¡Digo mi espada! El viejo Montesco está aquí y fanfarronea con su espada delante de mí.

MONTESCO.— ¡Tú, Capuleto, villano!... ¡No me sujetéis! ¡Dejadme!

SRA. MONTESCO.— Tú no moverás un pie para ir en busca de un enemigo.

Entran el PRÍNCIPE SCALA y sus acompañantes.

PRÍNCIPE.— Súbditos rebeldes, enemigos de la paz, bestias que mancháis el acero con la sangre del vecino. ¿Queréis oírme? Bajo pena de tortura, soltad ahora mismo las armas y escuchad la sentencia de vuestro Príncipe. Tres veces vueltas guerras personales, consecuencia de vuestras locas palabras, viejo Capuleto y Montesco, han roto la tranquilidad de nuestras calles y han obligado a los ciudadanos de Verona a desnudarse de sus lujosas ropas para vestir las armas, con el fin de que terminase vuestro destructivo odio. Si volvéis a alterar la paz, lo pagareis con vuestras vidas. Tú, Capuleto, ven conmigo; y tú, Montesco, acude esta tarde al palacio para seguir hablando del asunto. Y ahora, lo dicho, que todo el mundo se vaya, bajo pena de muerte.

Se van todos, excepto MONESCO, su ESPOSA y BENVOLIO.

MONESCO.— ¿Quién inició de nuevo esta vieja pelea? Habla, sobrino, ¿estabas tú cuando empezó?

BENVOLIO.— Estaban los criados de tu enemigo y los tuyos luchando cuando yo llegué. Saqué la espada para separarlos y en ese momento llegó el fiero Tebaldo, espada en mano, insultándome y amenazándome con ella. Vinieron más y se sumaron a la pelea, hasta que llegó el Príncipe y separó a las dos partes.

SRA. MONESCO.— ¡Ah! ¿Dónde está Romeo? ¿Le has visto hoy? ¡Cuánto me alegro de que no estuviera en esta pelea!

BENVOLIO.— Tíos, una hora antes de que el sol asomase su cabeza por la dorada ventana de Oriente, vi a vuestro hijo paseando solo por un bosquecillo. Me acerqué a él, pero él se ocultó más en la espesura, huyendo de toda compañía. Así que continué mi camino, sin seguirle y me alejé de quien de mí huía.

MONESCO.— Más de una mañana se le ha visto por allí aumentando el rocío con sus lágrimas, pero cuando apenas ha amanecido vuelve a casa y se encierra en su cuarto, cierra las ventanas y se crea una noche artificial para él solo. Alguien debería hablar con él y aconsejarle, pues ese negro estado de ánimo le puede traer grandes males.

BENVOLIO.— Noble tío, ¿sabes tú la causa?

MONTESCO. —Ni yo la sé ni él me la quiere decir.

BENVOLIO.— ¿Lo has intentado?

MONTESCO.— Sí, tanto por mí como a través de sus amigos; pero él se la guarda bien en secreto, tan reservado está. Si pudieráramos saber cuál es el motivo de su tristeza, le ayudaríamos como mejor supiéramos.

Entra ROMEO.

BENVOLIO.— Mirad por donde viene. Dejadnos, por favor; me enteraré de su pesar o me lo tendrá que negar.

Se van MONTESCO y su ESPOSA.

BENVOLIO.— Buenos días, primo.

ROMEO.— ¿Ya es de día?

BENVOLIO.— Apenas son las nueve.

ROMEO.— ¡Ay de mí! Las horas tristes parecen tan largas. ¿Era mi padre quien se iba?

BENVOLIO.— Sí, era él. Dime: ¿qué tristeza alarga tus horas, Romeo?

ROMEO.— El no tener lo que si lo tuviera las haría cortas.

BENVOLIO.— ¿Estás enamorado?

ROMEO.— Sin...

BENVOLIO.— ¿Sin amor?

ROMEO.— Sin el amor de la que yo amo.

BENVOLIO.— ¿Por qué será el amor tan dulce a simple vista y tan duro y amargo cuando se prueba?

ROMEO.— ¡Ay, el amor! ¿Por qué si es ciego puede encontrar sin ojos el camino que se le antoja? ¿Por qué era esa pelea? No me lo digas, porque lo escuché todo. Tiene mucho que ver con el odio, pero más con el amor. ¡Oh, amor penderciero! ¡Oh, amoroso odio! ¡Oh, pluma de plomo, brillante humo que sale de los suspiros, helado fuego, gustosa enfermedad, sueño estando despierto, mar nutrido por las lágrimas de los amantes! Este es el amor que siento. ¿No te ríes?

BENVOLIO.— No, primo, más bien lloro por el dolor que opriime tu corazón.

ROMEO.— ¡Yo mismo me he perdido y no me encuentro! ¡Este no es Romeo; es otro el que está aquí!

BENVOLIO. — Dime en serio: ¿a quién amas?

ROMEO.— En serio, primo, amo a una mujer a la que no podrán herir las flechas del amor, pues se ha protegido con la armadura de la castidad; no la convencerán las palabras de amor, ni los ojos seductores, ni el oro que compra a los santos.

BENVOLIO. —Sigue mi consejo, olvídalas; no pienses más en ella. Dales a tus ojos libertad y mira a otras damas.

ROMEO.— El compararla con otras haría que su belleza resultara todavía más exquisita. El que ha quedado ciego no puede olvidar lo que significa ver. Adiós, puesto que no me enseñas a olvidar.

BENVOLIO.— Te enseñaré esa lección o estaré en deuda contigo hasta la muerte.

Salen.

http://www.anayainfantilyjuvenil.com/catalogos/capitulos_promocion/IJ00211301_9999990311.pdf

(B4 1, 2)

4. Dividid la clase en grupos y repartid las siguientes propuestas. Se trata de realizar cuatro pequeñas presentaciones (PowerPoint / Prezzi) sobre determinados autores dramáticos, que incluyan datos biográficos, obras más relevantes (con argumento) y un pequeño texto representativo, que habréis de leer en voz alta, dramatizada.

Sófocles

Esquilo

Eurípides

José Zorrilla

(B4 1, 2)

¿Cómo es y qué hace?

5. Lee el siguiente texto y localiza cinco ejemplos de oraciones atributivas y cinco ejemplos de predicativas.

El primer día que la lanza permanece clavada en la tierra, Amadou se pasa toda la jornada bajo el inclemente sol, acuclillado en torno a ella junto con sus compañeros. Los mayores les han llamado la atención muchas veces para que se guarezcan a la sombra de la gran mgunga, la espinosa acacia bajo la que ellos descansan, pero los niños, rebeldes, no les han hecho caso.

Todos los miembros del clan llevan muchos días, junto con sus noches, de andadura. No se han detenido a reponer fuerzas. No han mirado atrás. Sobrecoyidos, huyen del horror que los persigue sin descanso como una gigantesca plaga de langostas que todo lo devora a su paso.

Bajo el cielo oscuro, entre las tinieblas, caminan hacia el este. Buscan un nuevo día, un nuevo amanecer que les traiga esperanza.

El viento cargado de polvo de la sabana hace oscilar los abalorios de hueso colgados en el extremo de la lanza. Para los muchachos es como un ídolo de madera al que rogar por su salvación o como el mahoka de un anciano al que invocar en busca de consejo. Hasta ese momento, ninguno de ellos había visto antes una lanza clavada en la tierra seca, de ahí su gran asombro. En su tribu, la mayor provocación es que un guerrero apoye la puntera de hierro de su arma en el suelo en presencia de otro. Supone una afrenta imperdonable. Y la solución siempre es una lucha singular dentro de un círculo formado por los demás guerreros.

En su clan hace ya mucho tiempo que las lanzas son casi un adorno más, como los pendientes, los turbantes o los vestidos de colores de las mujeres. Los hombres las portan como símbolo de su valor y las exhiben en las celebraciones y en los días de fiesta, pero ya no cazan con ellas. La sequía se ha extendido como una epidemia por toda la sabana.

Los árboles se agostan. Los pozos y los arroyos se secan. Los animales huyen o agonizan bajo las sombras de los tumbusí que vuelan en círculos sobre ellos para devorarlos.

Amadou ha escuchado muchas veces a su baba Ngugi contar la historia de cómo los guerreros cazaron el último leopardo. Su piel, ya un tanto ajada, cruza ahora el pecho del valiente Mkebe, el jefe y chamán del clan.

—Hijo mío, yo debía de tener pocos años más de los que tú tienes ahora el día en que...

—¿Cuántos, baba?

—Pues no sé, unos tres o cuatro más.

—¿Quince, entonces?

—Por ahí, sí. Acompañé a tu abuelo en la caza del chui, el animal más escurridizo y listo de toda la sabana. Salimos al amanecer en su busca...

—Así empezaba Ngugi su relato bajo los ojos maravillados de su hijo.

—Háblame del país Lomba —insistía Amadou, que era muy pequeño cuando lo dejaron en la que fue la primera huida del clan.

—Era la mejor tierra del mundo, la más hermosa —comenzaba a decir el padre con nostalgia—. Miraras a donde miraras, hasta donde alcanzaba la vista, se sucedían las lomas cubiertas de hierba y salpicadas por...

—... gigantescos baobabs, mangos, tamarindos y anacardos cargados de frutos... —proseguía Amadou bajo la mirada cómplice de su padre.

—Sí, sí, y había pájaros de todos los colores planeando en el cielo y, en la gran charca, elefantes, gacelas, cebras... —retomaba Ngugi el relato.

El padre era un hombre parco, de pocas palabras y de muchos silencios y miradas. Solo cuando la nostalgia se apoderaba de él, lo que sucedía de vez en cuando, soltaba la lengua y regresaba con los recuerdos a su tierra, a la tierra de todos ellos. La tierra de sus antepasados en el país Lomba, al pie de las montañas de Katanou. Y las palabras comenzaban a surgir en su boca como las gruesas gotas surgen del cielo ceniciente en la estación de las lluvias. Eran palabras de agua.

Marcos Calveiro
La senda de las hormigas, Anaya

(B3 7, 8)

6. Lee el siguiente texto. Resúmelo y analiza su intención. Comenta, de paso, el uso de los paréntesis en el mismo.

Hacer *spoiler*, vaya novedad

Sorprende que el anglicismo llegue ahora, después de tantos años en los que siempre hubo idiotas que nos contaban el final

Los anglicismos van y vienen, y a veces se quedan. Cuando sucede esto último, suelen pagar al genio del idioma el peaje de su adaptación gráfica al español, lo cual les da derecho a desarrollarse y formar familia. Por ejemplo, *football* se transformó en «fútbol» y procreó «futbolista», «futbolístico» o «futbolero». Nada que oponer ahora a esa voz que cubrió una casilla que estaba vacía (aquellos del «balompié» se alentó cuando el sitio ya estaba ocupado).

Sin embargo, llama la atención que circulen hoy tantos vocablos que dan codazos a expresiones previas más comprensibles y descriptivas. Quizás en su aceptación influyó el complejo de inferioridad de quien pronuncia palabras de un idioma que considera superior al propio; pero también se puede incurrir en ese tipo de anglicismo por contagio, desinterés o disipación.

Uno de los últimos barbarismos que se manejan entre periodistas y gente del cine es *spoiler*. Así, oímos con frecuencia, cuando se habla de una película: «Mi hermana me hizo *spoiler*», «cuidado, que vas a hacer *spoiler*» o «no sigo hablando para no hacer *spoiler*», es decir: lo que antes referíamos con expresiones como «no me estropees el final», «no me cuentes cómo termina» o «no me destripes la película» (*destripar* figura desde 1884 en el *Diccionario* con el sentido de anticipar el desenlace de un relato). Quizás en su aceptación influyó el complejo de inferioridad de quien pronuncia palabras de un idioma que considera superior al propio.

Cualquier hablante del idioma español sabe mirar dentro de cada una de esas palabras y comprender su raíz o su metáfora. Pero unos cuantos millones de ellos se quedarán perplejos ante el anglicismo, sin capacidad para relacionarlo con ningún otro vocablo de la familia.

Incluso quienes saben inglés pueden extrañarse. Porque *spoiler* es un sustantivo o un adjetivo formado a partir del verbo *spoil*, que significa 'estropear' o 'echar a perder'. Por tanto, *spoiler* sería 'el estropeador' o 'el que echa algo a perder'. Así que al rogar «no me hagas *spoiler*» estamos diciendo 'no me hagas estropeador' (cuando el que se hace de verdad estropeador es quien cuenta el final, no el que lo escucha).

Para cuando *spoiler* se refiere a la acción o el efecto, el español dispone de la alternativa *destripe*; y para suplir al adjetivo y al sustantivo («Hay que dar una colleja al *spoiler*»), tenemos *reventador* o, en neologismo comprensible por todos, el «*destripapelículas*» o el «*revientafinales*».

Sorprende mucho que este anglicismo nos llegue ahora, después de tantos años en los que siempre hubo idiotas que destripaban el final del cuento, adelantaban quién era el asesino o anuncianan a voces el resultado del partido que uno dejó grabado.

Ahora que me viene a la memoria alguno de aquellos casos, recuerdo bien las palabras que pensé para nombrar al gracioso. Y ninguna de ellas era *spoiler*.

Alex Grijelmo
<http://elpais.com>

(B2 1; B3 1, 11)